

Javier Sicilia

# La solidaridad del bien

Eduardo Vázquez Martín

*Testigo y víctima de la violencia que se ha adueñado del pasado reciente de México, el escritor Javier Sicilia ha dejado constancia en su nuevo libro, El deshabitado, de la travesía espiritual y moral que para él significó la dolorosa pérdida de su hijo Juan Francisco en 2011, y su participación como activista en el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad, como señala Eduardo Vázquez Martín, autor de Lluvias y secas.*

En medio del dolor y la desolación provocados por el asesinato de su hijo Juan Francisco Sicilia y seis víctimas más en Cuautla, estado de Morelos —y al mismo tiempo que encauzaba su indignación hacia la movilización social y la resistencia civil pacífica contra la violencia generalizada que provoca la guerra de las drogas y la corrupción política—, Javier Sicilia emprendió un viaje hacia el interior de sí mismo, donde encaró sus creencias, su fe en Jesucristo, el mundo espiritual en el que ha vivido, pero también su visión del mundo, su dimensión ética e histórica. *El deshabitado* da testimonio, a través de un ejercicio narrativo a caballo entre las memorias y la novela, la confesión y el ensayo, del arco de tiempo que va del día 28 de marzo del 2011 —fecha en que el poeta recibe en Manila, Filipinas, el golpe brutal de la noticia del asesinato de su hijo— hasta finales del 2012, cuando Javier Sicilia decide, tras más de un año de movilizaciones y debates públicos con los poderes del Estado, hacer un alto en el camino para guardarse, junto a su compañera Isolda, su hija Este-

fanía y su pequeño nieto Diego, en la austera comuna cristiana de Saint-Antoine-l'Abbaye, Francia —un “Arca” que vive bajo la inspiración de Giuseppe Lanza del Vasto, aquel peregrino que acompañó a Mahatma Gandhi e introdujo sus enseñanzas en el seno de su propia tradición espiritual.

Escrito desde la tercera persona del verbo, el autor da testimonio de las penas, los trabajos, las batallas y las reflexiones que enfrenta en ese momento definitivo de su vida. Javier Sicilia escribe los avatares de Javier Sicilia no como una forma de tomar distancia, sino apenas como un recurso narrativo para jalar algo del aire necesario que le permitirá tener el aliento mínimo con el que emprender el acto de la escritura.

Asume en toda su dimensión trágica la falta de una palabra en lengua española que pueda definir la condición del padre que ha perdido a su hijo, y a cambio de otro mejor se reconoce en el vocablo que comparten el inglés y el francés, *revenant*, cuyas posibles traducciones pueden ser resucitado, fantasma o aparecido; no se trata



Javier Sicilia

del que sobrevive a la muerte, no es el *renacido* de la película *The Revenant* de Alejandro González Iñárritu, sino del Lázaro que retorna de ella, el mismo que en versos de Luis Cardoza y Aragón reclama: “Yo soy una mentira de los dioses / Los dioses nunca dicen la verdad / Los dioses mienten para existir / Yo Lázaro soy y muerto estoy”.

El poeta que ha perdido a su hijo se abisma en la oscuridad de aquella muerte, su asesinato lo ha conducido a mirar de cerca el infierno donde todas las manifestaciones del mal se hacen presentes, un infierno que se llama México. Mucho del poeta ha muerto, pero a diferencia del hijo —que tras los tormentos del crimen puede habitar, tal como la fe de Sicilia lo cree, el amor de Dios, su cobijo y su consuelo—, su padre está encadenado a esta existencia, despojado del amor del hijo, de las antiguas certidumbres, condenado a una ausencia que lo drena y vacía, que lo deshabet.

Y sin embargo escribe.

Es la escritura el testimonio más convincente del amor que habita en el poeta: él, que ha renunciado a la poesía, no renuncia a la prosa del periodista ni a la palabra del hombre que habla en medio de la plaza para que lo escuchen lo mismo sus hermanos que los políticos y criminales, y escribe esta obra para rescatarse a sí mismo del caos y el ruido mediático, de la falta de sentido que la propia violencia expresa, pero también para dejar testimonio de la pequeña comunidad que se formó en torno de su andar, de su camino, esa “tribu de los que no tienen tribu” —como reza el verso del poeta Alberto Blanco—, una procesión de dolientes y sus compañeros de viaje, la gente del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD). Ha renunciado a escribir poesía debido a que la palabra ha sido envilecida por el crimen, pero no ha renunciado a ser poeta, es decir, a ver la vida como palabra encarnada y a la palabra como carne viva. Si Garcilaso de la Vega versifica sobre el péndulo que lo

llevaba de la literatura a la milicia —ora la pluma, ora la espada—, tras la tragedia de su Juanelo Sicilia ha enarbolado la palabra, la ha empuñado como se sostiene un arma, pero también ha tomado el camino del silencio, se ha reunido con los otros para llorar juntos los dolores indecibles de quienes al igual que él han sufrido ese golpe que se asemeja a la “ira de Dios”, de la que habla César Vallejo en *Los heraldos negros*.

*El deshabitado* es un libro que no puede llamarse cómodamente novela porque la realidad, su testimonio, dictan cada renglón; es en parte la crónica de una de las luchas sociales más desgarradoras de nuestro violento tiempo mexicano: la de las víctimas, la de los familiares de muertos y desaparecidos que buscan a sus seres amados en morgues, fosas comunes, tiraderos de basura, terrenos baldíos, cunetas de carretera, cajuelas de los coches, casas de seguridad, y a su paso encuentran huesos, jirones de carne, humanidades reducidas a la mínima expresión de su ADN, o simplemente nada: el vacío, una ausencia definitiva sin cuerpo que honrar ni despedir.

Como reconstrucción histórica del MPJD —esa forma de andar por el dolor de México, reunión de soledades, de duelos y corajes enfrentando el tsunami del horror nacional sin estructura ni financiamiento—, *El deshabitado* nombra a las víctimas, las dignifica, y da cuenta también de quienes por razones humanitarias y éticas, políticas y poéticas, las acompañan con el deseo inmediato de buscar la justicia, pero también con el propósito de revelar la naturaleza profunda de la violencia social que padecemos: la corrupción de las instituciones, la deformación devastadora de nuestra democracia, la incapacidad de casi toda la clase política de representar a los ciudadanos, el dolor que propicia un sistema social y económico que deja a más de la mitad de la población en la pobreza, el absurdo de una guerra civil desatada en nombre del combate a las drogas, la muerte

que siembra en nuestro país la doble moral de la adicta sociedad norteamericana que vende indiscriminadamente las armas con que se impone el horror en México. Como Hannah Arendt cuando confronta la experiencia del Holocausto y dirige su crítica al proyecto ideológico-político del Partido Nacional Socialista alemán, Sicilia entiende la inutilidad de convertir en monstruos, representantes del mal absoluto, a los burócratas de la muerte que consumaron el genocidio por órdenes superiores, por eso él y el Movimiento por la Paz no se dejan hipnotizar —como lo hace una parte considerable de la sociedad mexicana— por el espectáculo escatológico de la reseña policiaca ni por la banalidad imbecil de sicarios y verdugos; deciden en cambio optar por confrontar directamente a los responsables políticos de México: a los partidos, legisladores, gobernadores, fiscales, jueces, medios de comunicación, al presidente de la República y todo su gabinete.

La figura de Felipe Calderón ocupa una parte significativa de la reflexión del poeta, pero su protagonismo en las páginas de *El deshabitado* no se reduce a su responsabilidad política en la declaración y conducción de la guerra de las drogas durante su sexenio. A Sicilia le interesa también reconocer en él la formación católica que comparten, así como la deformación puritana que padece el presidente. En Calderón, Sicilia constata la enseñanza de uno de sus maestros, el filósofo Iván Illich —que como él escogió Cuernavaca para ejercer su magisterio—, cuando asegura que el mal no es lo que se opone al bien, sino su deformación, su adulteración, los crímenes que se justifican en su nombre. Eso lo lleva a entender el lazo secreto que enhebra la intolerancia religiosa, la guillotina que se erige en nombre de la revolución, el nacionalsocialismo, el estalinismo y la razón de Estado que enarbola Calderón para justificar la sangre derramada en el México que decía gobernar: cuando el bien se transforma en una abstracción ideológica que se representa a sí misma como un valor superior a la vida misma de los seres humanos. El mal como el hijo puritano, inmovible, deshumanizado del bien. Aquello a lo que se refería Octavio Paz cuando frente a las tragedias totalitarias del siglo XX aseguró que la utopía en el poder se vuelve criminal.

*El deshabitado* es también el espacio donde el poeta da cuenta de las reflexiones teológicas de un cristiano de nuestro tiempo, cercano al pensamiento místico, frente a las manifestaciones trágicas del mal en nuestra sociedad. Se trata de un cristiano que sin perder la fe en Dios reconoce su ausencia, y que les reclama a sus hermanos de la teología de la liberación la creencia en el devenir histórico, en la presencia divina en la historia como un camino que conduce inexorablemente al reino de Dios —igual que a su manera lo hace la izquierda marxista, que encuentra en la violencia revolucionaria el motor

hacia la redención final de los explotados, o los liberales capitalistas con su culto al progreso tecnológico y al desarrollo económico, incapaces de reparar en las injusticias ni el ecocidio que provocan.

Por momentos, el pensamiento del poeta parece colindar con el pesimismo de Emil Cioran, con la falta total de sentido de la vida misma frente a la muerte de Dios anunciada por Nietzsche, pero se aleja del autor de *Breviario de podredumbre* porque se lo pide su sentido comunitario de la existencia, ajeno al ermitaño y al anacoreta, y porque vive el mundo a partir de una conciencia ética que le implica un compromiso con los otros. Su reconocimiento desde la palabra poética de la belleza y el amor como expresión de lo sagrado ilumina sus más lúgubres tinieblas, pero concluye que Dios no está presente en la historia, que la frase del Cristo en la cruz (“Padre, ¿por qué me has abandonado?”) le incumbe a su hijo Juan Francisco, a él y a todas las víctimas.

Sin embargo, desde la perspectiva de Sicilia la ausencia de Dios en el tiempo de los seres humanos no deviene de su inexistencia, sino que es la constatación de la libertad del hombre y de lo que entre todos hemos hecho con esa libertad. Porque para el poeta la ausencia de Dios no nos exime de nuestras responsabilidades éticas sino que nos deja solos ante las mismas, con una inmensa responsabilidad que no es legítimo endosarle ni a la providencia ni al progreso ni al materialismo dialéctico. Sicilia encara a sus hermanos de izquierda —al Subcomandante Marcos, al que le pide diálogo y humildad, y a Andrés Manuel López Obrador, al PRD y a Morena, a quienes les reclama indiferencia ante las víctimas, arrogancia, inadmisibles corrupción y por lo tanto responsabilidad política en la tragedia nacional—, pero también a quienes desde el cristianismo y en nombre de su Iglesia se abrogan una superioridad moral que no tienen, incapaces de emular al buen samaritano y de sentir la mínima compasión por el débil, el necesitado y el doliente.

Ha sido muy difícil que se escuche la voz de Javier Sicilia, que se le comprenda, por eso este libro no deja de ser también una invitación al diálogo, a la construcción de comunidad, de ciudadanía, un llamado de conciencia a la reserva moral de la nación para reunirse en torno a la palabra y caminar juntos. En algún momento del libro, Javier Sicilia me retrata en una reunión del Movimiento por la Paz proponiendo, junto al poeta Jorge González de León y en medio del proceso electoral de 2012, tender un puente entre el Movimiento por la Paz y López Obrador, entonces candidato del PRD. El propio Sicilia narra el desenlace: no se pudo construir el puente y la distancia aumentó en los diálogos del castillo con desaire del candidato ante el testimonio de las víctimas del estado de Guerrero —entonces gobernado por sus correligionarios—, episodio que describió

con su nervio característico el historiador y militante de la izquierda Adolfo Gilly. Sin embargo sigo pensando, con Javier Sicilia, en la necesidad de unir —a todos los niveles posibles pero sobre todo al de las comunidades y los ciudadanos— lo que hoy está roto, y más aun cuando se ahonda el deterioro de la vida pública de México y la involución hacia la intolerancia y el conservadurismo se apodera del mundo.

La naturaleza del mal ocupa una parte importante del mundo que expresa *El deshabitado*; se comprende por lo mismo que la idea del bien esté igualmente presente. Para Sicilia el mal carece de sentido; aunque busca justificarse con múltiples falacias, una de sus características fundamentales consiste en carecer de fundamento —la cámara de gas de Auschwitz, el genocidio de Ruanda, los vuelos de la muerte de Argentina, las violaciones masivas en Bosnia o las fosas de San Fernando, Tamaulipas, pueden ser contadas, contextualizadas incluso, pero jamás justificadas, por eso ante ellas solemos usar expresiones como “no me cabe en la cabeza” o “no puedo entenderlo”—. Pues bien, frente a la irracionalidad del mal Sicilia opone la irracionalidad del amor: ante el mal absoluto la gracia, su gratuidad, la irracional entrega del uno al otro. Por eso concluye, con el Maestro Eckhart, que Dios es amor.

La obra de Sicilia y el MPJD recuerdan la definición del bien que encuentra la poeta rusa Marina Tsvietáieva en los versos de una humilde monja de clausura del monasterio de Novodévichi. No se trata de los versos de una poeta dueña de su oficio, de una literata, sino de esas palabras que en algunas ocasiones emergen como frutos silvestres, sin nombre ni clasificación taxonómica, en una tierra sin trabajar, “arte sin artificio” que contiene el néctar de la precisión poética.

Estos versos dicen, en traducción de Selma Ancira:

En el momento de la dura prueba — mantén  
del espíritu la noble fortaleza;  
la humanidad sostiene su grandeza  
en la profunda solidaridad de bien  
[...]

No busques, no esperes el Edén,  
por la burla cruel no te sientas turbado,  
la humanidad su riqueza ha cifrado  
en la inmensa solidaridad del bien.

“Esta monja sin nombre de un monasterio sin retorno —escribe la poeta rusa— ha dado la más completa definición del bien [...]: *el bien como solidaridad*, y ha lanzado el más dulce desafío al mal”:

Doquiera el corazón vivir te ordene  
—el bullicio mundano o la campestre soledad—

derrama siempre pleno de humildad  
los tesoros de tu alma perenne.

Cuando Javier Sicilia comenzó a abrazar y besar a otras víctimas e incluso a quienes considera responsables del dolor que padece México, sus críticos de la izquierda le reclamaban que con besos y abrazos no conseguiría absolutamente nada. Pero la incomprensión de sus actos deviene de considerarlos monedas de cambio en el mercado de la política, cuando el gesto del poeta no forma parte de una estrategia para acceder a determinadas posiciones; no es un acto proselitista ni forma parte de una campaña de publicidad: se trata por el contrario de una manera personal, profundamente radical, de enfrentar al mal, de encararlo con actos esencialmente espirituales, acciones que aparentemente no denotan fuerza porque renuncian a cualquier imposición o hegemonía, pero que pretenden revelar, justamente, *la inmensa solidaridad del bien*.

*El deshabitado* es otro acto en ese mismo sentido: leerlo nos permite entender la dimensión de este tiempo de oscuridad, pero quizá nos deje también vislumbrar la existencia de una cierta luz que resiste la cerrada noche de la barbarie. **U**

